



dogmáticas y autocomplacientes; la consideración de la variedad y la pluralidad como fines en sí mismas; la vigilancia atenta del poder junto a la posibilidad de orientarlo, limitarlo y llamarlo a cuentas; y, en fin, la experiencia cotidiana –individual, colectiva, nacional– de labrar el destino propio con el propio esfuerzo.

Simultáneamente a esto, dice, debe pugnarse por concretar una prensa inteligente, sensible, apegada a la objetividad y profesionalismo antes que a la oratoria y conciente de que ninguna instancia impide denunciar, por ejemplo, la soberbia, la irresponsabilidad y la torpeza de quienes nos llevaron a la quiebra al concebir a México como un botín.

Crítico del poder, Krauze se enfrenta a éste, lo descubre en sus más bajas acciones, lo interroga, lo agrade para, al final, puesto al lado de las mejores razones, proponer, antes que utopías o evangelios de salvación, medidas concretas encaminadas a hacer entender la necesidad impostergable del cambio no único pero sí fundamental que generaría todos los cambios: la democracia.

Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*. México, Joaquín Mortíz, Planeta, 1986, 212 pp.

Laura Guillén

### Fidel Castro y la religión

La religión y su relación con la política y la cultura se ha vuelto, a últimas fechas, un profundo tema de reflexión para las Ciencias Sociales. Ello no podría ser de otro modo: en época de crisis, de ruptura de los valores que le dieron orientación a la vida del hombre en Occidente durante los



últimos tres siglos, la religión se vuelve una fuente de respuestas importantes frente a grandes cuestionamientos de la existencia. El regreso a la religión adquiere importancia en la lucha contra el nihilismo, contra la pérdida de identidad que origina el anonimato de la cultura técnica e industrial contemporánea. Así, por ejemplo frente al mismo fenómeno —la crisis moral de Occidente—, presenciamos dos respuestas similares: el resurgir del fundamentalismo religioso en Estados Unidos, y el renacimiento del fundamentalismo islámico en Irán.

En América Latina la presencia de la religión ha sido constante. Aquí, por una parte, la jerarquía eclesíastica ha jugado tradicionalmente un papel importante dentro de la estructura de poder; por otra, la visión de mundo proporcionada por la religión ha permeado la conciencia popular.

En la década de los sesenta, dos fenómenos modificaron la vida política y religiosa del continente. De un lado, la Revolución Cubana y su influjo en los movimientos progresistas latinoamericanos. De otro, la Teología de la Liberación, es decir, una nueva lectura del Evangelio que busca acercar la iglesia a los desposeídos.

La Teología de la Liberación pugna por la liberación social y política de los sectores oprimidos, y utiliza a las Ciencias Sociales, en especial al marxismo, como fuente de explicación del por qué de la opresión, pues a su juicio, la Teología es insuficiente para aclarar este problema.

La convergencia entre la Teología de la Liberación y los movimientos progresistas ha existido, de hecho, en América Latina. Así lo demuestran, por ejemplo, la figura de Camilo Torres —sacerdote colombiano unido a la guerrilla y muerto en combate—, el movimiento de cristianos por el socialismo impulsado en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular, el asesinato de Moseñor Arnulfo Romero en El Salvador, y la inclusión de tres sacerdotes en el gabinete nicaragüense después del derrocamiento de Somoza.



No obstante lo anterior, el diálogo entre creyentes y marxistas no ha sido fácil.

En este contexto se inscribe la serie de entrevistas que, en torno a la cuestión religiosa en Cuba y América Latina, realizaron —en Mayo de 1985— el sacerdote con el premier cubano Fidel Castro.

En estas conversaciones el mandatario cubano habla largamente de su formación católica durante sus años de estudiante y de su contacto con la iglesia en el periodo de la guerrilla y los primeros años de la Revolución. De igual modo, externa sus opiniones sobre la posibilidad de estrechar los vínculos entre creyentes y revolucionarios.

La entrevista entre Frei Betto y Fidel se realiza en momentos de apertura del Estado cubano hacia la Iglesia católica. Por una parte, Cuba experimenta un renacer de la práctica religiosa que se manifiesta, por ejemplo, en un aumento en el número de bautizos, funerales religiosos y matrimonios eclesíásticos. Por otra parte, obispos católicos norteamericanos han viajado a la isla, y se concretan detalles para una próxima visita del Papa a la misma.

No es la primera vez que Fidel Castro aborda el tema religioso. Durante una visita realizada a Chile a fines de 1971, afirmaba: “hay un gran punto de comunidad entre los objetivos que preconiza el cristianismo y los objetivos que buscamos los comunistas”. Y en Jamaica, en 1977, señalaba: “no existe contradicción entre los propósitos de la religión y los propósitos del socialismo”.

En la entrevista concedida a Frei Betto el primer ministro externa dos posiciones: La de un católico militante de profunda fe cristiana y la de un dirigente político socialista.

En tanto el sacerdote formula sus preguntas desde el ángulo del cristianismo, Castro responde desde la perspectiva teórica del marxismo y de su aplicación política en un país subdesarrollado. El diálogo entre Frei Betto y el líder cubano evidencia la posibilidad de una comprensión entre



cristianismo y marxismo. Los puntos de contacto son múltiples. Frei Betto, sustentado en la Teología de la Liberación, señala: “el Dios que ustedes niegan, yo también lo niego: el dios del capital, el dios de la explotación, el dios que hoy legitima dictaduras militares como la de Pinochet. Ese no es el Dios de la Biblia, ese no es el Dios de Jesús”.

Fidel Castro, como revolucionario, se identifica, por su parte, con los ideales del cristianismo. Afirma al respecto: “en la esencia de las ideas revolucionarias y de las creencias religiosas está el respeto a la vida, el respeto a la dignidad personal, el respeto al derecho de la persona humana, al trabajo, al bienestar, a la salud, a la educación, a la cultura”.

El punto común que se encuentra en el diálogo sostenido entre el entrevistado y su interlocutor es la lucha en favor de los pueblos, sean cuales fueren sus ideas sobre Dios y la religión. Ambos coinciden en que se puede ser marxista y revolucionario sin dejar de ser cristiano, en un proceso de transformación del mundo en que los ideales cristianos sean realizados en la sociedad socialista.

Las conversaciones entre Frei Betto y Castro van más allá de las alianzas coyunturales. Se fundamenta en un acuerdo ético-moral sobre la condición del hombre, y la necesidad de luchar por la recuperación de su dignidad en condiciones de libertad y justicia, puntos esenciales tanto del cristianismo como del socialismo.

El diálogo entre el sacerdote y el dirigente político abre nuevas puertas a la convergencia de dos de los más importantes pensamientos vigentes en el mundo, destruye los dogmas maniqueos que buscan evitar la comprensión entre ideas al parecer contrapuestas, e ilumina el horizonte sobre el futuro de la religión y la política en América Latina.

Frei Betto, *Fidel Castro y la religión*. México, Ed. Siglo XXI, 1985, 379 pp.

Gilda Waldman